

MI PISTOLA MEXICANA

Jordi Carrión

Quisiera comenzar mi exposición invocando dos textos.

El primero es el relato de Max Aub "La verdadera historia de la muerte del General Francisco Franco", en que un camarero (*mesero*) del centro del DF se harta de escuchar cómo los exiliados españoles se quejan de Franco sin hacer nada al respecto, de modo que se va de vacaciones a Madrid y se ocupa personalmente de asesinar a Franco, con la esperanza de que cuando regrese a su país aquellos recurrentes se hayan ido del bar y él pueda ejercer su profesión sin aquel martirio; para su sorpresa, a su regreso al DF, los exiliados siguen allí y seguirán allí, buscando y encontrando perpetuamente motivos para quejarse.

El segundo texto es una carta de Juan Ramón Jiménez dirigida a Pablo Neruda (incluida en el volumen *Guerra en España*), fechada en 1942. Son conocidos los enfrentamientos que protagonizaron ambos poetas antes de la guerra civil. Pues bien, en 1942, Juan Ramón escribe: "Mi larga estancia actual en las Américas me ha hecho ver de otro modo muchas cosas de América y de España, entre ellas la poesía de usted". Viajar por América Latina le permitió al autor de *Diario de un poeta recién casado* comprender la poesía nerudiana. Y ese fue el disparador para la autocrítica y la reconciliación.

Después volveré a ello. Ahora quisiera confesar que me siento muy cómodo en este simposio de jóvenes escritores latinoamericanos: mucho más que si la cita fuera de jóvenes escritores españoles o catalanes, ahora que la Feria del Libro de Guadalajara tiene a la Cultura Catalana como invitada. La nacionalidad que figura en mi pasaporte es la española; mis padres son andaluces, nací en Cataluña; cuando era aún un niño mis países entraron en la Unión Europea y en la OTAN; desde la adolescencia intuyo que mi patria es la literatura; todo lo que considero aceptable de lo que he escrito hasta ahora lo he escrito en suelo iberoamericano. Ésas podrían ser algunas de las razones que justifican mi comodidad en un foro transnacional. Ha llegado la hora de ser coherentes con la convicción de que la compartimentación nacional de la literatura ha caducado. Esa coherencia, en lo que a instituciones se refiere, aún no existe.

Tampoco existe una emigración intelectual desde mis países hacia los de esta orilla del Atlántico. En el siglo XIX Sarmiento y otros hispanoamericanos buscaron a Victor Hugo en París; la generación de Rubén Darío hizo lo propio con los simbolistas; en los años 30 del siglo pasado fue Madrid la capital del diálogo transocénico (Borges, Neruda). Pero desde comienzos del siglo XX muchos escritores españoles también viajaban o vivían en países latinoamericanos; a partir del desastre del 39, obligados por el exilio, fueron muchos los que se mudaron a países de esta orilla. En Puerto Rico, el DF o Buenos Aires se vivieron la acogida y el diálogo internacionales. Después, casi ininterrumpidamente desde los 70 es Barcelona quien cumple ese rol, por su vigor editorial. Desde entonces existe un mito entre los escritores hispanoamericanos: el de la consagración barcelonesa, en presencia o *in absentia*. Es decir, viviendo allí o publicando en sus editoriales.

Mi itinerario personal ha querido ser el inverso. En julio de 2003 dejé un trabajo estable en Barcelona y mi casa para dar la vuelta al mundo, leer y escribir. En el primer año planificaba llegar hasta Alaska, para después pasar algún tiempo en el Sudeste Asiático. Etcétera. Pero no he salido de Iberoamérica. Del año y medio en que he estado *abroad* podría destacar algunas experiencias, algunas pistas, que me conducen hasta este momento, esta lectura de un texto que se titula "Mi pistola mexicana" y ha comenzado, no lo olviden, citando a Max Aub y a Juan Ramón Jiménez.

De mis días chilenos rescato por ejemplo la visita a las casas de Neruda y los paseos por el Santiago dictatorial que conocía por Roberto Bolaño, porque me permitieron entender mejor a ambos autores. De mi larga estancia en Argentina he aprendido la necesidad de la crítica del cánón como discusión pública, en paralelo en medios de amplia difusión mediática y en medios académicos; una discusión que en España prácticamente no existe. De mis semanas mexicanas rescato el descubrimiento de López Velarde y la convicción de que cualquier acto público, incluidas las mesas redondas y las presentaciones de libros, por no hablar de las lecciones universitarias, deben ser preparadas a conciencia por el orador; algo que lamentablemente no ocurre con demasiada frecuencia en mi país.

De algún modo para mí el viaje físico, cruzando fronteras, cambiando de tradiciones de crítica y de lectura, es también en paralelo un viaje literario, cruzando géneros y lenguas. Espero que eso se pueda observar en "Fragmentos de una vuelta al mundo", una colección de crónicas de viaje con componentes de relato breve y de ensayo, cuyos fragmentos están apareciendo en revistas dispersas. Se podría decir que es un proyecto paralelo de *Emigrar. Un viaje por Australia*, el relato de un viaje que hice dos años y medio atrás persiguiendo el rastro de la emigración española a Australia. En la costa este recorrí tres mil kilómetros en autocar para visitar todos los pueblos donde estuvo mi tío abuelo y su familia, en los años sesenta, cortando caña de azúcar. En la costa oeste viajé hasta una misión remota y un monasterio no menos apartado para entrevistar a los últimos misioneros españoles que siguieron la tradición iniciada por dos obispos misioneros en el siglo XIX, que huían de la persecución religiosa en España.

Anillos saturnianos de la emigración, como diría Mandelstann: el tema. La forma: un género que en la tradición española no se ha desarrollado a los niveles de la inglesa, la francesa o a la alemana. El género de viajes.

En literatura, la personalidad es el estilo. Y la identidad, la amalgama de temas, obsesiones y textualidades que uno va ensartando en su escritura. Y la pasión: el riesgo que uno asume al escribir. Si es cierto el mito que separa a los turistas de los viajeros (un mito inventado por los viajeros, que al producir discursos elitistas sobre sus viajes marginan al turista, su otro mudo, productor a lo sumo de un discurso doméstico: el álbum de fotografías), se podría decir que hay dos tipos de escritores: los escritores viajeros y los escritores turistas. Los separa la dosis correspondiente de riesgo. El escritor turista va a lo seguro, a los caminos ofertados por las agencias, a los destinos mayoritarios, porque viaja en grupo, desapasionadamente. Produce discursos también destinados al gran público. El escritor viajero, en cambio, se arriesga,

transita destinos poco conocidos, viaja a solas, con una pasión que empuja y asusta a un mismo tiempo.

Obviamente, se puede ser un escritor viajero, tal como aquí lo planteo, y no moverte de tu casa; y ser un escritor turista que se pasa la vida dando vueltas al mundo.

En Occidente, desde los estoicos se ha desarrollado el topos del viaje y el exilio como algo positivo, que al quitarte familia, amigos y lazos políticos te regala la libertad, te hace conocer mejor lo humano y te otorga la única llave hacia el cosmopolitismo (la otra, complementaria pero no excluyente, es la de los libros).

Hay un espacio intermedio, entre literaturas nacionales, un espacio extra-territorial, por usar una palabra que puso de moda Steiner pero cuya complejidad el escritor tan sólo apunta en su célebre artículo (el libro es de 1972, Kracauer usa el concepto desde joven y titula su volumen epistolar con Adorno de 1964 como "Cartas sobre la extraterritorialidad"), al que se puede acceder mediante el viaje. Pensar un texto, explorarlo, escribirlo, corregirlo, equivocarse, rectificar, seguir o abandonar: sin grupo ni guía, a solas, por terrenos que son géneros, lecturas, estrategias. Vivir ese texto. No hablan igual los españoles que los argentinos: mi investigación está entre ambos: a través de la experiencia de los emigrantes españoles en la Argentina o a través de mi propia experiencia como observador de esa realidad. Una realidad que en el presente, en el caso de España, en un contexto de relativa prosperidad económica, tiene fantasmas neo-imperialistas.

Después de haber visitado las casas chilenas de Pablo Neruda y después de haber visitado los museos y edificios que albergan la obra de los muralistas mexicanos, en una época en que Siqueiros se convirtió en sicario, no obstante, aunque creo que comprendo mejor la poesía nerudiana y el arte del siglo XX, también los siento más ajenos. Quiero decir con eso que la biografía corre y el pensamiento cambia. La crítica es indispensable y no hay crítica sin auto-crítica. Juan Ramón Jiménez rectifica en 1942, en plena guerra total: gracias al viaje se ha dado cuenta no sólo de que la poesía de Neruda era mucho mejor de lo que él juzgaba, también quizá de que en ese contexto histórico es difícil proteger a la poesía del olor a orina, aunque siempre esté en ella el de azucena. No hay crítica sin auto-crítica, repito, en un movimiento de sístole y diástole que es intrínseco al viaje verdadero.

No tengo, en cambio, ningún *no obstante* acerca de lo que he dicho sobre la historia y las nuevas formas de imperialismo. Después de haber bajado a las minas de Potosí, de haber explorado el estado de Minas Gerais, de haber conocido a turistas sexuales en Brasil y de haberme gastado, en las cabinas de Telofónica que hay a las puertas de Machu Picchu, seis dólares en una llamada de dos minutos a Barcelona, sigo pensando que son muchos los siglos de nacional-catolicismo que pesan sobre las espaldas de la gente de mi país, porque los que ahora gobiernan lo mamaron de sus padres, de los diarios, de los maestros, de todo lo que los rodeaba: es tan difícil sanear una conciencia. También pienso con más convicción que antes que la transición española, que se vendió en América Latina como un modelo, fue un éxito en lo económico y lo sexual y un fracaso en tantos otros aspectos. Y me he convencido de que, al menos en mi caso, el viaje es el único vehículo para

entender esa realidad y que la escritura y la lectura son formas válidas para entender ese peso y combatirlo. En la pistola de mi escritura llevo balas para disparar contra mí mismo, contra los amores que he perdido, contra historias inventadas o contra lecturas que quiero recomendar o rebatir. Otras apuntan contra esa realidad que se obstinan en ocultar en mi país. Balas que cargan mi pistola mexicana. Porque a Franco y sus maestros y sus políticos nunca hay de dejar de matarlos. Tampoco al turista que habita en ti.

Texto leído en el encuentro de Novísimos Narradores, Guadalajara 2004. Ampliado como prólogo de La Brújula (Berenice, 2006).